

los monopolios comerciales, ante las espontáneas adhesiones de personalidades que son orgullo de nuestro Continente, como Lázaro Cárdenas, Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano, Joaquín García Monge, Henry Wallace, Thomas Mann, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Paul Robeson y Diego Rivera?, ¿qué paralelo cabe entre esos oscuros y anónimos instrumentos de las fábricas de armamentos y esta constelación de los más altos hombres de nuestra América? Junto a estos hombres, están los pueblos militando activamente en el movimiento de la paz y dispuestos a defenderla hasta con el sacrificio de las propias vidas. Es necesario que comprendan los instigadores de la guerra que nuestro movimiento por la paz no tiene parentesco alguno con el romanticismo pacifista y sentimental del siglo pasado, que tantas veces fué barrido y traicionado. Nosotros representamos una fuerza viva y militante que cuando llegue la hora saldrá a la calle a imponer la consigna de la paz. Somos soldados disciplinados de un gran ejército civil que impedirá la guerra.

Constatamos que la propaganda calumniosa, las diatribas oficiales, las conspiraciones diplomáticas, los obstáculos a la libre movilización de los hombres, no impidieron la celebración de los magníficos Congresos de Paz de Wroclaw, Nueva York y París, donde seiscientos millones de hombres comprometieron su voluntad en favor de la paz. Igual sucederá con este Congreso cuyo éxito está ya asegurado. A los reaccionarios que pretenden acusar de inspiraciones extrañas e influencias soviéticas al Congreso de México, les contesto que la paz es una sola e indivisible. Los que están contra la paz, están contra la vida y contra el destino de los pueblos.

México, D. F. Agosto de 1949.

Unámonos por la Paz!

Por Lázaro CARDENAS

(En el Rep. Amer.)

El General Lázaro Cárdenas, ex-Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Vice-Presidente del Comité del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, ha enviado el llamamiento que aquí aparece bajo el título de "Unámonos por la Paz!", al periódico del Comité Mundial Los Partidarios de la Paz, que se publica en París.

El llamamiento a la unidad en la lucha por la paz, lanzado por los delegados de millones de hombres y de mujeres reunidos en París, en el Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, representa la expresión consciente de la voluntad de los pueblos de elevarse por encima de las divergencias filosóficas o religiosas a fin de rechazar una tercera guerra inminente.

Los daños causados por la segunda hecatombe mundial, que destruyó, por millares, ciudades y centros de producción, poblaciones inocentes y sin defensa, aún no han sido reparados. Las promesas de autonomía hechas a los llamados países coloniales no han sido cumplidas; y todavía no se ha firmado la paz con todos los países vencidos, cuando ya los pueblos son víctimas de una propaganda incendiaria en favor de una nueva guerra, más perfeccionada, más desastrosa que la última.

Los pueblos se consideran justamente ofen-

didados y engañados cuando se pretende arrebatarles el fruto de la victoria, en lugar de mejorar sus difíciles condiciones de vida; cuando se pretende arrancarlos de nuevo a sus hogares para inmollos en provecho de los monopolios internacionales. Se olvida que las dictaduras militares nazi-fascistas han sido vencidas, porque pretendieron suprimir los derechos fundamentales del hombre, la libertad de asociación, las aspiraciones de los trabajadores y la independencia de los Estados.

Es urgente reconstruir la vida económica y social de los pueblos, de acuerdo con las cartas y los pactos internacionales cuyo resumen ha sido la Organización de las Naciones Unidas, siendo la alta misión de esta Organización Mundial la de supervisar y exigir, por encima de los intereses particulares, la realización de sus postulados.

No hay necesidad más imperiosa que la de aligerar las cargas fiscales que alimentan los preparativos de guerra. No es posible intensificar la realización de los planes de reconstrucción, ni suprimir la miseria, la ignorancia, las enfermedades, el abandono en que son dejadas las masas populares; en una palabra, no es posible realmente realizar obras de utilidad colectiva si los recursos gubernamentales y privados se utilizan en preparativos de guerra.

También es un hecho que la paz no podrá afirmarse en el mundo mientras la energía atómica sea puesta al servicio de la destrucción y no del bien social, y apartada de la vía

del progreso universal, porque los grandes inventos científicos deben constituir el patrimonio de la humanidad.

Estos sentimientos no son extraños a América que ha luchado, históricamente, por la eliminación de los medios de opresión, por la consolidación de su sistema democrático y por la integridad de su soberanía. Ella ha demostrado sus afinidades ideológicas al hacerse solidaria, activamente, en el combate contra las dictaduras totalitarias; al reconocer espontáneamente a las Naciones Unidas como la autoridad depositaria de un solemne compromiso de cooperación, de justicia y de armonía internacionales; al apoyar de modo activo la diplomacia franca y comprensiva del ilustre presidente Roosevelt, esa diplomacia que supo ligar al pueblo americano con los pueblos de la América Latina en la defensa de una misma causa.

Así, es a la vez un mandato de defensa vital de las naciones y un impulso elemental de fraternidad humana lo que nos hace responder al llamamiento del Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, lo que nos hace solidarizarnos con todas las agrupaciones que luchan por impedir que los pueblos sean arrastrados a un tercer conflicto mundial más desastroso aún que los precedentes.

A los provocadores, debemos replicarles con la unidad de las fuerzas pacifistas a fin de que la justicia, la fraternidad y la civilización reinen sobre todos los hombres y sobre todos los países.

Oración del campo

(En el Rep. Amer.)

Después de una jornada a través del riñón ingrato de la sierra, descendimos de nuestras cabalgaduras cerca a la casita blanca de un cortijo.

Frente a la puerta, descansando en un taburete de tiempos muy lejanos, con un bordon entre las piernas, un anciano departía con un niño.

—¿De qué hablará ese siglo con la aurora? —murmuró mi compañero de excursión.

Pedimos hospitalidad, y el corazón del viejo nos la concedió de modo inmediato y cariñoso. Sentimos en su acento, que va faltando en las ciudades, la bondad del campo: exhalaba la virginal fragancia de la tierra.

Bajo el fulgor y el silencio de la tarde quisimos oír y contemplar a aquel hombre de tiempos muy pretéritos: contaba poco menos de cien años, como nos lo dijo después. ¿Quién era? ¿Cuál el motivo de longevidad tan rara en un cuerpo todavía tan robusto?

—Ese magnífico ejemplar de resistencia al paso de los años es admirable. ¿Acaso corre por aquí la fuente de la eterna juventud?, observó mi amigo.

—Se lo preguntaremos, le contesté, que ya tendremos necesidad de sus aguas milagrosas.

Por de contado esperábamos escuchar la sencilla narración de un patriarca de aldea, que ignora que existe otro mundo más allá de las montañas que limitan aquel en que nació.

Nos acercamos a él y le insinuamos cortésmente nuestros deseos...

—Es muy justa la curiosidad de ustedes. nos dijo, interrumpiéndonos: el longevo se está extinguiendo en las comunidades urbanas, tanto como los árboles centenarios en los bosques circunvecinos.

Yo fui lo que ustedes, equívocamente, lla-

rian "un grande de la tierra", en la pequeñez del medio en que nació. Eran abundantes mis riquezas y mi posición política y social muy alta. Habité palacios y muchos de mis días fueron de fiesta. Conduje hombres y obtuve victorias resonantes. Sentí la envidia de mis émulos y les respondí con el desdén. Fui por esos mundos, en más de una ocasión, como el soñador inmortal de la inmortal leyenda cervantina, montado en clavileño; sembré buenas acciones en los surcos de otras vidas; levanté muy alto a gentes que iban por el suelo; liberté de miserables ataduras económicas a algunos, dorados actualmente: casi todos, nuevos galeotes, me hicieron paladear el amargo sabor de la calumnia y de la insidia. Mi nombre no importa: es el de otros que fueron o son lo que yo fui, un cualquiera que se imaginaba todopoderoso. Si ustedes casualmente supieran cómo me llamaba en aquella vida, les suplico olvidarlo, como se olvidan los nombres de tantos que se fueron sin dejar historia.

Mientras hablaba, con su pierna inválida descansando en el taburete, iban pasando por sus ojos, cansados de mirar; recuerdos muy lejanos de su vida.

—Al final de aquellas horas en que hacía cuentas muy alegres, comencé a sentir el cansancio de la vida. En alguna ocasión de recogimiento, dentro de los muros de mi residencia señorial, me encontré a mí mismo: cada una de las piedras con que edificaron este palacio, pensé, chorrea la explotación inmisericorde de campesinos y de obreros; en ellas dejaron muchos infortunados, con el sudor de su frente, lágrimas de sus ojos, sangre de sus venas y maldiciones de sus labios. Pensé que el sabor de aquellas piedras debía ser azas amargo.